

Emily Brontë

LA NOCHE ME ENVUELVE
CON SU OSCURIDAD

Emily Brontë
**LA NOCHE ME ENVUELVE
CON SU OSCURIDAD**

Ilustraciones de
Elena Ferrándiz

Prólogo de
Gabriela Mistral

Traducción de
Jordi Doce

Nørdicalibros



© De las ilustraciones: **Elena Ferrándiz**

© Del prólogo: **Gabriela Mistral**

La Orden Franciscana de Chile ha sido informada de este uso de la obra de Gabriela Mistral. Lo equivalente a sus derechos de autoría será entregado a la Orden Franciscana de Chile, en beneficio de los niños y niñas de Chile, de conformidad a la voluntad de Gabriela Mistral.

© De la traducción: **Jordi Doce**

© De esta edición: **Nórdica Libros, S. L.**

Doctor Blanco Soler, 26 - 28044 Madrid

Tlf: (+34) 917 055 057

info@nordicalibros.com

Primera edición: octubre de 2026

ISBN: 979-13-87922-41-2

Depósito Legal: M-24090-2026

IBIC: DCF

Thema: DCF

Impreso en España / *Printed in Spain*

Grafilur

Basauri (Bizkaia)



Diseño de colección y maquetación: **Diego Moreno**

Corrección ortotipográfica: **Victoria Parra y Ana Patrón**

El papel utilizado para la impresión de esta obra procede en su totalidad de bosques gestionados de acuerdo con criterios internacionales de sostenibilidad y responsabilidad social.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

EMILIA BRONTË: UNA VIRGEN SHAKESPERIANA

Gabriela Mistral

Patrick Brontë, pastor evangélico, vivía su vida de clérigo espartanamente pobre en las landas de Haworth en el Yorkshire. La compañera, María Branwell, se había muerto dejando a su hombre de Biblia cotidiana y de sermón semanario seis hijos que criar en un presbiterio desolado que colindaba con el cementerio, o mejor dicho, que hacía con él un bloque.

La moribunda miró desde su propia cama el lugar de su huesa, anticipándose en el cuerpo, como quien dice, el sucio contacto del suelo, y las niñas vieron pasar a su madre de su cama al terrón mojado casi como de un colchón a otro colchón. Tener por patio el cementerio del pueblo pudo abajarles la muerte a un achaque vulgar al ser ellos niños fuertes y alegres de los que brincan encima de una huesera sin entender que eso tenga algo que ver con sus piernas floridas. Pero el grupo de Brontecitos, de uno a ocho años, en escalera, resultaban los honguitos que crecen así también en grupo en un lugar húmedo, y se fueron volviendo, a medida que el ambiente los apretaba haciéndolos suyos, los fuegos fatuos que saltan en el humus de los cementerios.

Se llamaban María, Isabel, Carlota, Patricio, Emilia y Ana, y para el pastor Brontë no tenían gran diferenciación, excepto el varoncito, que un padre aparta siempre; los cinco perendengues eran para Patricio Brontë un vellón de carne suya que él debía escardar y

blanquear en vista de la vida eterna, tajando de su educación cualquier complacencia que pudiera volverse viciosa; solo al hombrecito le dejó manos y facultades desembarazadas de que el niño usaba a su real antojo.

Cada cual tiene «su» Biblia y saca del libro vasto lo que se aviene con sus humores: la frase «educación bíblica» no dice nada concreto, porque unos chupan del libro el tónico seco de Salomón; otros tienen con Isaías sus apretaduras y sus descansos jugosos, y el puritano ciento por ciento parece clavar su gusto en la porción mosaica. El reverendo Brontë ha hecho sus huesos de la piedra pómez que forma el Libro de los Números y el de los Preceptos. Su vegetarianismo va más lejos que la enumeración mosaica de los alimentos consentidos y de los inmundos; la disciplina doméstica que elige para su carne de siete añitos muestra el corte de cuchillo de piedra de aquellos versículos, y la voluntad suya de obtener en seis niños seis juntos bien rematados, deja atrás el rigor de su propio padre Juan Knox y más parece la de un judío ortodoxo de cualquier tiempo que la de un inglés.

Como el lector moderno de biografías no acepta monstruos, tratando de entender al reverendo Brontë, se lo explica reduciéndolo a esta ecuación: hombre irlandés, más puritano, y más hombre viudo, y los tres sumandos le dan la absolución de Patricio Brontë, padre de familia.

El viudo llamó al lado de sus seis criaturas a una de sus cuñadas que no allegaría a las sobrinas mucho alivio que digamos; un poco menos que el reverendo Brontë, ella entendía educar sentada en un témpano a lo foca madre, y recelaba tanto de la afección calurosa, que suprimió las caricias entre los hermanitos. Ella les dio lo mejor que tiene una inglesa victoriana: cierta nobleza de costumbre, que en las niñas quedará entera en los ambientes plebeyos, y una severidad que, contrabalanceada por la bondad de Carlota, de Emilia y de Ana, será grata de ver como la geometría en la suavidad del fruto.

El padre se reunía con la familia solo a la hora de comer y a la noche, para la lectura de la Biblia, que así había de faltar a los niños como el sol falta al meridiano. Cuando el reverendo Brontë descansaba de los Doce Jueces, se hacía leer por la mayorcita el debate político de los periódicos, delante de las seis criaturas sentadas como pingüinos de pechuga atenta que oyen y no entienden. Poco a poco los niños fueron aprendiéndose los nombres de los «ases» de la política inglesa y discutieron del duque de Wellington, del ministro Castlereagh y de Canning antes de saberse las andanzas de Gulliver y las mañas de Pulgarcito.

Un día les llegó a los niños en la buena criada Tabitha Aylroyd su contadora pura, en cuya falda se pueda jugar con las bolitas coloreadas de los cuentos y de la manera más cabal, porque Tabitha cree en los espíritus de la naturaleza como en el taburete en que se sienta. Entonces, y como el reverendo Brontë no amaina en su preocupación de los *torys* y los *whigs*, los niños harán la mezcolanza de su gente familiar poniendo a Wellington adentro del tórax de Gulliver o revolviendo la barba del ogro con la de Holofernes, igualmente espesa.

La criada Tabby entra en aquella casa y vivirá en ella como una magnolia grasa cuyo olor bondadoso desvía el del cementerio y parece que cerrara las ventanas de la casa de ese costado. Gracias a ella tal vez, ya que no hay como una contadora para hacer contar, Carlota, Emilia y Ana llenan sus borradores de novelones y de estrofas. Las moneditas del domingo se corren de los dulces a la compra de cuadernos y el reverendo Brontë ignora el aguacero de folletón que llueve sobre la piedra pizarra del presbiterio.

La tía olfateó alguna cosa anormal, y conversando con Brontë, le aconsejó el pensionado para unas niñas que crecían sin lecciones regulares, por más que trajinaran el día entero de la cocina al dormitorio.

El pensionado de seis hijos cuando el padre gana tres mil francos se vuelve inaccesible; pero el celo del padre Brontë descubrió uno que se había creado para hijas de pastores, con una pensión increíble de

trescientos francos anuales. Allá fueron María, Isabel, Carlota y Emilia a conocer esa clase de beneficencia que han ideado tanto las clientelas protestantes como las católicas: vigilancia ceñida; mucha oración, hasta que su abuso empalague; locales primos del cuartel; comida cotidiana de penitencia y ayunos en los días festivos, y un repertorio de maestras solteronas que no tienen costumbre de gritos infantiles en la oreja, y ven en los niños unos sucios monitos del Brasil que deben transformar rápidamente en correctos niños ingleses.

Bien se merecían cosa mejor las cinco huerfanitas de Haworth después del reverendo Brontë y de la tía Branwell, y vinieron a tener cosa peor: el padre proscribía la carne; pero el pensionado excluía todo alimento más caro que la sopa de avena; se madrugaba inútilmente, y el dormitorio estaba congelado en la mañana al vestirse, lo mismo que en la noche al acostarse.

Salieron de allí Carlota y Emilia dos años después llevando moribundas a María e Isabel, de cuya poquita carne había dado buena cuenta aquel matadero pedagógico. Ellas vieron en meses pasar los dos bultitos como el de su madre de la cama al cementerio y este, con su almohadilla de tierra claveteada de piedras tumbales, dio un paso grande hacia adentro de la casa, un paso que casi vieron los ojos de las dos grandes sensibles.

De todas maneras, una casa es cosa tan buena que ellas se sienten aquí más contentas. Pueden leer ahora libros clásicos y libros modernos a granel; Shakespeare, Milton y el buen Chaucer, junto al fuego, cortándolos donde quieren por su comentario; el banquete de lectura abigarrada que es bastante vivificante no se los echa a perder un toque de la campanilla ni la explicación pedagógica que, cuando no magulla, empala el asunto.

Carlota irá más tarde a continuar sus estudios; Emilia se quedará con la formación de estas lecturas, a las cuales Carlota añadirá sustancia académica cuando regrese para las vacaciones.

Además, a Dios gracias, hay otra cosa que el presbiterio y su siembra de muertos anexa: hay la landa vasta que va hasta donde pueden los ojos y que en primavera echa su verdor indigente, para ellas, espléndido. Las Brontë no conocerán las tierras felices en que lo verde dura sin esfuerzo como dura el horizonte, y las flores están en el aire antes que en la tierra. La landa, a grandes trechos rocosa y con pantanos salobres, alimenta unos matorrales de penuria, y aquellas hierbas tiesas de los suelos sin jugo en que el pasto se afila y se endurece. Menesteroso y todo, la landa tiene su espíritu en el viento, en un viento que parece más despeñado del cielo que soplado del mar, por su látigo de castigo y el ululamiento de potencias que bajan atropellándose.

La landa ya no es una cosa calva e infeliz cuando el viento se llega a ella; con sus pocos arbustos y sus matujas, ella danza su danza de flagelación medieval, y si no se la quiere ver, sentarse entonces a oírle la polifonía de demonios en pugna con los arcángeles, los Migueles del cielo y los dragones de la tierra, que toman por liza el Yorkshire, la Mongolia o la llanura patagónica.

Poco se ha contado el viento y más que en los poemas que han querido decirlo, él anda en algunos capítulos en que no se le mienta, en el Apocalipsis de San Juan o en rodar tanques de guerra que se oye en algunas «corridas» de Walt Whitman.

Maeterlinck, a lo largo de las doce páginas de elogio de augur que dedica a Emilia Brontë, revuelve e indaga buscando entender de dónde le vino su tono de tragedia antigua, y sobre todo la orografía de su alma llena de abismos y de acantilados cardenosos no vistos en otra parte. Pudiera ser que su maestro iniciador fuese este espíritu sobrenatural de la landa. Lo que pasa en el viento es cosa que no entendemos de escucharle atolondradamente. Pasan en él, queriendo liberar de su peso a la tierra, unas voces erguidas o postradas de vergüenza, confesiones cuyo trémolo sincero sobrepasan a nuestros

Rousseau; pasan acentos groseros de hambres y de avideces vulgares; se oyen palmadas de tahúres sobre su mesa; y pasan, menos frecuentes, desviadas de «otra parte» en que vencen algunos que son mejores que nosotros, unos soliloquios cortados que una oreja santa puede coger en pedazos y componen piadosamente; pasamos los peores y los buenos de este mundo dichos íntegramente por el viento, que atravesando las ciudades carga su dínamo y suelta en el campo abierto lo que lamió tocando casas y torres.

Emilia tejería estos acentos, cazaría estas presas invisibles, guardándolas sin saber lo que ellas se volverían cuando las desplo-mara sobre una escritura que le llaman sonambúlica y que es la de Shakespeare, su padre verdadero. Él habla que la landa le entregó la narración terrible que se llama *Wuthering Heights* y que hará preguntarse siempre el porqué a una oreja de virgen de veinticinco años se la habrá hecho confidente de esta especie de secreto tremolante de Dios y de los hombres.

Seguida de su mastín, al que también el viento solía coger en su rabia, Emilia hacía leguas de camino todos los días, bebiendo con la garganta enderezada el licor del viento a veces seco y otras veces mórbido, que es un licor más poderoso que las bebidas de las pobres botellas.

Otra consolación que estas caminatas en la nieve o en los pastos tiernos, la pobre no conocía; aparte de la amistad de su hermana Carlota, la criatura más digna de las amistades próceres, vivió sin ellas de creer a sus biógrafos. El amor parece haber sido para ella como el viento en la landa: un espectáculo de sus ojos que no alcanzó a bajar a sus entrañas; el amor burgués romántico del novio en la aldea o el del amante que la buscara unas semanas tampoco se lo han descubierto los indagadores; si, contra lo que de ella sabemos, Emilia Brontë tuvo una pasión, habría que creer en un encuentro fugaz de la landa con un desconocido al que sus ojos verdes pararon un momento y que siguió su camino con el viento contra la espalda.

Los versos de amor de Emilia Brontë son un secreto desconcertante como el de su alma misma. Aquellos que buscan explicar a toda costa, cáigales de donde les caiga la solución, han enderezado hacia el hermano Patricio esos poemas que no quieren dejar vacantes. Lo cierto es que la virgen de la vida cerrada, inútilmente llena de dones, puso en Patricio Brontë una pasión fraterna que solo pueden comprender de igual a igual las santas hermanas apasionadas de todos los tiempos.

El absurdo, que es cosa más común de lo que creemos, dispuso que por la vida de Emilia Brontë pasaran hombrecitos de pajuela y de resorte que ella no pudo o no quiso vestir con paños de ilusiones. Cuando era en su naturaleza ímpetu de gastar en desenfrenadas caridades, ella lo puso en una manera de fraternidad tan rica que nos resulta ambigua sin más razón que la de ser un acto perfecto. Emilia sabía, como lo supo casi todo, que el hermano cabal vale por el padre y el amigo juntos, y que su victoria es lo que en este mundo tiene el sabor mismo de nuestra victoria.

Patricio la engañaba con sus pequeñas habilidades de pintor y de músico, que eran destrezas mediocres y espejismos de capacidad. Poseía el mozo, además, esa hermosura viril de donde las mujeres deducimos siempre un equipo anticipado para el triunfo. Emilia fue castigada en su único orgullo, como si su destino de devastamiento también le rehusara esta forma humilde de felicidad. El pintor alabado por el coro de hermanas y el organista que el pueblo celebraba ingenuamente, dio al traste con paleta y órgano para volverse el Don Juan barato de las muchachas de Haworth y entrar en la costumbre del alcohol, cogida en las fiestas populares.

Las tres hermanas, y Emilia en especial, probaron la humillación cotidiana de la familia del ebrio, una servidumbre como no hay otra, de esperarlo hasta el amanecer por mirar si el hermano volvía orondo o machucado, y dormir después de ponerlo en su cama.

Emilia ahorró al padre puritano la bocanada de aguardiente al abrir la puerta; y ahorró a las hermanas, ambas piadosas, pero de una piedad menos musculada que la suya, la vergüenza de oír al perdelario su soliloquio demente mientras lo descalzaba y esconderle sus ropas pueras hasta el día siguiente.

Alguna noche ella no lo acomodó por su mano en el lecho y el borracho tiró las coberturas sobre la bujía, haciendo arder el cuarto en unos momentos. Emilia no llamó a ninguno; apagó con sus manos colchón y ropas, y le quedaron en sus manos, a pesar del aceite, las quemaduras que ella escondía, llevando una manga más larga que la blusa. Un poco más arriba del brazo, la pobrecilla tapaba también la dentellada de un perro rabioso, en la que ella misma había aplicado el punzón quemando. Alguna vez al lavar sus brazos y tocar las cicatrices feas del animal y del fuego, ella se diría lo que el campesino supersticioso, y se lo diría con razón: «Cuando uno se vuelve tan infeliz que un perro rabioso le prueba la sangre y el fuego le da encima su lengüetada, eso significa que aparte de Dios, los demonios se meten con uno para acabar de estropearlo».

El padre de Brontë conocía la vida de su hijo gracias al escándalo de la aldea y a esas llegadas nocturnas que la puerta más cómplice deja oír; la vida de sus hijas la ignoraba fabulosamente por aquello de que el pecado suena campanas más sonoras que las de la gracia. Poeta malo, a pesar de apacentarse en los pastos bravos de Isaías, el reverendo Brontë pasaba sus poemas a Carlota, a Emilia y Ana, y le gustaba oírse recitar sin que sospechara jamás que la niña Emilia, que preparaba su sopa de quáter y limpiaba irreprochablemente su chaleco subido, escribiera en aquella casa mucilagosa de fastidio el capítulo soberano de *La muerte de Cathy*, y sin que tampoco le pasara como una pajuela por el ojo la idea de que Carlota fuese por aquel tiempo uno de los buenos novelistas ingleses que leía todo el mundo.

A algunos pastores del Evangelio pone sensibles, como el cuerpo de la gacela, y tiemblan enteros de conciencia y de atención a este mundo; a otros el Evangelio les dispara a tantas lenguas de las gentes que los incrusta en el cielo, en una especie de cielo cerámico, perfectamente puro y perfectamente sordo.

La doméstica Tabitha se quebró una de sus piernas diligentes andando en la nieve, y el reverendo Brontë, cuando la vio coja, resolvió despedirla, porque una mesa tan urgida como la de la casa no consentía una boca que no costeara su comida. Las tres muchachas rogaron por ella, defendiendo en la vieja cariñosa el único pilar florido de aquella casa de murciélagos, y no consiguieron que las oyeran. El padre se iba cegando poco a poco, castigado en sus ojos de haber amado poco la luz, su madre, que los fortifica con apariencias de gas-tarlos. Debía llamarse un sustituto al presbiterio, cediéndole la mitad de su sueldo que no soportaba una partidura.

Las muchachas resuelven delante de la calamidad dejar la casa en busca de trabajo, haciendo lo que no se le ocurriría al pobre diablo descuidado del hermano. La profesión natural de unas muchachas pobres de solemnidad, con algunos anaqueles de cultura primaria y costumbres honorables, es la de institutriz, y se optó por el camino que siguen las inglesas jóvenes de la clase media. Al decidir cuál de ellas se quedaría en la casa tomando el trabajo de la criada inválida, la que pidió el cargo sin ninguna vacilación y discutió hasta obtenerlo, tenía que ser Emilia. Carlota y Ana se fueron, y la soledad tomó sus fricciones absolutas para la que se quedaba con un padre maniático y un hermano que la taberna devolvía por la noche.

Ella se acompañó del trabajo sin ninguna repugnancia, tomando su lote de mandadera del mercado y de cocinera que se devana el seso para sacar de unos reales comida que se pueda presentar al sustituto, huésped del presbiterio. Apareció la de siempre, ni más amarga ni más endurecida por el trastorno. Había sido sentada al caer en

este mundo, en un nivel de desventura que la curó de asombro pidiéndole dar de una vez toda su medida.

Un desahogo en las finanzas familiares, y Mr. Brontë puede llamar a Carlota, que deja su empleo, vuelve a la casa en busca de Emilia y parte con ella a continuar estudios en un colegio belga.

La estada en el extranjero significará mucho para Carlota, que en Bélgica se enamora con mala suerte, «en la línea de los Brontë», y sacará de un amor desgraciado una novela con suerte; a Emilia este viaje le acarrea el bien de su contacto con la literatura alemana.

Después de un año, y como los dineros de Mr. Brontë nunca pueden cumplir bien ninguna de sus iniciativas, ellas vuelven a Haworth.

Este es el bello tiempo de la esperanza de alas abiertas de Emilia, el de su embriaguez plena de trabajo literario. Sentadas en una mesa común, las tres hermanas escriben versos y novelas. Escriben por el gozo de la expresión que los que viven solos regustan mejor que los otros y que les lleva hasta una euforia que el escritor profesional ignora, y escriben también porque la aventura literaria tienta a las tres ingenuas lo mismo que el billete de lotería en una vitrina tienta a los pobres. ¿Por qué no? Ha pasado con algunos. Una reputación fulminante y ellas pueden rehacer la vida, todavía en la juventud, cuando se tiene bajo la mano la tela para cortar las cosas mejores.

La tía Branwell ha muerto, dejándoles unas cuantas libras de herencia. A escondidas del reverendo Brontë, ellas imprimen un volumen tripartido que firmarán infantilmente con tres seudónimos en un renglón. Los libreros les dieron cuenta de la venta de dos ejemplares; la crítica no se dio trabajo con los poetas nuevos de Yorkshire. Entonces las bravas ensayan con la novela, recordando sus tentativas de la infancia. Emilia escribe en dos meses *Cumbres borrascosas* de corrido, como en un dictado que cumplía la potencia del espíritu de la landa a través de la mano prestada de la virgen shakesperiana. La

novela de Carlota comenzó su fortuna literaria; la de Ana no levantó burbuja de comentario, débil de argumento como la pobre niña de vitalidad.

Las *Cumbres borrascosas*, hueso duro de calar en el primer momento, pertenecía a esos tipos de creación enrarecida que nos exigen el que adaptemos los sentidos a ella como los acuarios donde se mueven, demasiado pesadas o demasiado rápidas, criaturas de conformación desconocida. La obra mereció a un crítico, al que hay que agradecer el que viera algo, la antipatía que provoca un temperamento arrollador a los endebles; en la clientela de la Inglaterra victoriana, ella levantó una ola de espanto y de repugnancia hacia «el hombre brutal y pervertido del cual venía semejante engendro».

El editor despachaba hacia Haworth dineros a Carlota y a Emilia, los recortes de periódicos venenosamente imbéciles.

Emilia leyó estos artículos con la misma tranquilidad con que se sacó un día el brazo del hocico del perro con rabia. Sus poemas nos han dado su fatalismo, más redondo que el mahometano, y sabía que su parte de este mundo era la de los galeotes en Inglaterra: romper y romper el cáñamo hasta el despellejamiento de las manos; pero la ha turbado seguramente el considerar el alma monstruosa que le atribuía una crítica sabia en buceo de caracteres y comercio de temperamentos.

La crítica inglesa aprendió con Emilia Brontë, hasta que vuelva a olvidarlo, que suele haber manos sonámbulas que escriben manejando pulpos o medusas, y que son inocentes como las regaladoras de buenas rosas de Isabel de Hungría.

Dos cosas había amado Emilia en este mundo con la pelambre salobre de su landa: su hermano y la creación literaria. De ambas cosas cayó en su cara de Antígona la bofetada del escarnio. Ojalá ella, que parece haberse conocido a sí misma, haya entendido que pertenecía al rango de las grandes aristocracias espirituales que entran por la

puerta mayor de la consideración de su tiempo o tiritan afuera sin recibir una pequeña comprensión que les resultaría la verdadera ofensa. Su nombre literario quedó en el sótano de la crítica inglesa hasta la semana después de su muerte, para entrar enseguida en una gloria ilimitada que su lengua no le regatea, tarda en dar y magnifica en el arrepentimiento de no haber dado a lo rey.

El libertinaje desatado de Patricio demoró poco en romper un cuerpo que le venía tasado para una vida corta como el de sus hermanas. La taberna y el donjuaneo hicieron en diez años del bello mozo una hedionda piltrafa, y Emilia recibió en su regazo el pellejo sacudido de *delirium tremens*, que es la «danza de la mayor burla del demonio», y miró con sus ojos puros que habían vivido en la terraza caldea de una castidad ardiente, aquella carne de su carne torcerse como las alimañas pisadas en una agonía sucia y lenta, lamentable por larga e impura.

Acabado su hermano Patricio, sin ganas tampoco de lucha porque le vieran el alma verdadera los guasones de la crítica y limpiaran su nombre, Emilia Brontë comenzó «una vida de dos meses» que toma no sé qué postura de suicidio pudoroso, lleno de habilidad para engañar.

La tuberculosis de María Branwell se insinuó en ella como en los demás con una tos mañosa; ella siguió caminando por la landa bajo la lluvia cerrada o en los días de nieves frágiles; ella no se quejó de nada, ni apareció siquiera melancólica, porque la seguridad de su acabamiento le iba dando una embriaguez salvaje como la del viento.

La solución económica había llegado al presbiterio en las ediciones copiosas de Carlota, y ella es de los cortesés sobrenaturales que se quedan hasta el momento en que se sirven y que no retardan su visita misteriosa un rato después que el conflicto se ha desabotonado.

Su cuerpo menudo y nervioso, parecido a la brizna salobre de la landa de Haworth, se acostó en el consabido cementerio doméstico,

cuya tierra conocía a la carne Brontë como a una materia más ligera, más fina y más dócil que las otras. Seguía entrándose el humus letal, patio adentro, casa adentro del presbiterio mortecino, a donde mandaron a adoctrinar a Patricio Brontë, hombrecito duro e insignificante de Juan Knox.



1. Fe y desaliento

«Fuerte y agreste es el viento invernal;
acércate, mi niña,
deja a un lado tus libros y tus juegos a solas
y pasemos las horas charlando pensativos
mientras la noche gris se va adensando.

»Oh, Eire, alrededor de los muros de casa
el aire racheado de noviembre nos llama
sin obtener respuesta;
ni el más ligero soplo puede colarse aquí
y agitar el cabello de mi hija,
y dichoso contemplo el brillo de la hoguera
brotar de tus pupilas con rayos duplicados,
y siento tu mejilla dulcemente arrimada,
apacible y feliz sobre mi pecho.

»Y, sin embargo, esta tranquilidad
me trae pensamientos amargos y angustiados;
y, contra el brillo alegre de la llama rojiza,
pienso en hondos barrancos cerrados por la nieve,
sueño con la colina brumosa y con el páramo
donde el anochecer se impone, oscuro y frío,
pues allá en las montañas glaciales, solitarios,
yacen aquellos a los que he amado desde antiguo.
Y el corazón me pesa con dolor impotente,
cansado de quejarse en vano,
pues nunca volveremos a cruzar nuestras sendas...».





«Padre, ya en mi temprana infancia,
cuando tú estabas lejos, más allá de los mares,
me sentía oprimida por tales pensamientos.
En largas noches de tormenta
a menudo pasaba horas sentada,
erguida contra el cabecero,
a fin de vislumbrar la tenue luna
debatirse en el cielo;
o, forzando el oído, para sentir el golpe
de la ola en la roca y la roca en la ola;
así velaba, temerosa,
y a fuerza de escuchar, jamás dormía.
Hay mucho que temer de la vida en la tierra, Padre,
pero no de los muertos.

»No, ellos no merecen nuestra desesperanza.
Ominosa es la tumba, pero no están en ella;
su polvo se ha mezclado con la tierra,
sus almas jubilosas han partido con Dios...
Tú mismo me lo has dicho, pero aun así suspiras,
mascullando que a tus amigos les espera la muerte.
Ay, mi querido padre, ¿me dirás el motivo?
Y es que, si verdad eran tus antiguas palabras,
qué inservible sería tanta pena; tan poco sabia
como llorar por la semilla
que creció de su árbol padre sin ser notada,
pues cayó en tierra fértil
para brotar de nuevo y renacer gloriosa,
hincando la raíz y extendiendo bien alto
sus verdes ramas contra el cielo airoso.